

PIEZA DESTACADA DEL MUSEO ETNOLÓGICO DE LA HUERTA DE MURCIA:

La caracola (del latín *cochlea*)

Raquel Hernández Ortega



Caracolas. Museo Etnológico de la Huerta de Murcia.



Procedencia: Desconocemos su procedencia, ya que no existe acta de donación de este elemento en el museo. Aunque en una de las fichas del inventario indica que posiblemente perteneció a la barraca del Soto del Río, en la Puebla de Soto. Y que posiblemente fue una donación del Ayuntamiento de San Pedro del Pinatar hacia 1966.

Cronología: Medios siglo XIX.

Ubicación: Museo Etnológico de la Huerta de Murcia, Alcantarilla. Ambito 1. La cultura del agua. Dominar el agua. Pieza Destaca 02.

Uso: Este elemento sirvió para alertar de las riadas tan temidas en la huerta murciana.

Material: Concha-carbonato de calcio.

Descripción: Concha de caracol de gran tamaño y con forma cónica. En su parte más estrecha presenta un orificio que al soplar emite un fuerte sonido.

Mecanismo y funcionamiento:

Las caracolas fueron utilizadas como sistemas de alerta ante las riadas.

El sonido de las caracolas permitía alertar a la población sobre la inminencia del peligro, avisando de los daños y consecuencias devastadoras que podían desencadenarse.

Historia:

Durante siglos la confluencia irregular de los ríos Segura y Guadalentín ha provocado numerosas inundaciones que han afectado gravemente a la huerta murciana. Hasta bien entrado el siglo XX, estas crecidas constituyeron un problema recurrente, reflejándose en los caudales descomunales, arrasando cultivos, destruyendo hogares y, en más de una ocasión, cobrándose vidas humanas.

Entre 1528 y 1973 se registraron alrededor de unas sesenta y cinco grandes avenidas. Algunas de las más devastadoras y recordadas por su impacto en la historia de Murcia son las conocidas como las riadas de San Lucas, San Calixto y Santa Teresa.

La riada de San Lucas, ocurrida el 18 de octubre de 1545, supuso la destrucción total de las localidades de Alcantarilla y Alguazas. Estas poblaciones se reubicaron en zonas más elevadas, lejos del curso del Segura. Los nuevos asentamientos dieron lugar a las actuales villas.

La de San Calixto, el 14 de octubre de 1651 fue una de las más catastróficas. Los ríos Guadalentín, Segura y Mula, junto a las ramblas de Nogalte y Sangonera, se desbordaron simultáneamente, rompiendo todas las defensas a su paso. El resultado fue la destrucción de más de mil viviendas y la pérdida de más de mil vidas humanas.

La riada de Santa Teresa, el 15 de octubre de 1879, arrasó zonas como la Era Alta, Aljucer, Nonduermas, Alcantarilla y la Voz Negra. A su paso, rebosó acequias, destruyó molinos y parajes, y alcanzó con fuerza la ciudad de Murcia. Fue conocida como la riada más “solidaria” por la respuesta que generó: el rey Alfonso XII visitó personalmente las zonas afectadas pocos días después; Isabel II, exiliada en París, organizó una rifa de objetos artísticos y un gran festival para recaudar fondos; incluso en Nueva York se celebraron conciertos en apoyo a los damnificados.

El temor ancestral de los murcianos a las crecidas del Segura sigue presente. El templete neoclásico de la Virgen de los Peligros, situado en el puente homónimo de la ciudad de Murcia, lleva inscrita la frase latina *Salus in periculo* (“Salvación en los peligros”), aludiendo a la constante amenaza de las riadas. Aún hoy, muchos murcianos se santiguan al cruzar ese puente, evocando la memoria de estas tragedias que marcaron su historia.

Trabajo de alertar del peligro: Sistemas tradicionales de aviso ante las riadas

El aviso de las riadas en la huerta estaba en manos de algunos huertanos, encargados de situarse en puntos estratégicos, previamente establecidos, para alertar a la población del peligro cuando el río comenzaba a comportarse de forma peligrosa.

Para ello, utilizaban distintos sonidos que indicaban el nivel de amenaza. Un toque suave y pausado advertía que el cauce del río comenzaba a subir, lo que ya podía suponer un riesgo. Los sonidos más graves y potentes transmitían información de un peligro mayor. El más temido era el toque de arrebato, señalando que el río había empezado a desbordarse sin control.

El sonido de las caracolas se complementaba con otros recursos sonoros, el repique de las campanas de las ermitas, iglesias y de la propia catedral de Murcia. También el de la figura de los serenos recorriendo las calles dando la voz de alarma.

Estas caracolas, curiosamente, se recolectaban en el Mar Menor. Primero se cocía su carne —muy apreciada y sabrosa— durante unas 24 horas. Después de limpiarlas completamente, las conchas se convertían en instrumentos de aviso. Su sonido profundo podía escucharse a gran distancia, eran ideales para alertar a toda la huerta en caso de emergencia.

Podemos decir que este sistema tradicional de alerta hidrológica representa un ejemplo de ingeniería social adaptado al entorno rural, basado en la participación comunitaria, el uso de recursos locales y constituyendo además un precedente dentro de la cultura de la prevención de riesgos en el sureste peninsular que, durante siglos, salvó muchas vidas.

